



Murcia

Jose Antonio Molina Cobarro, 70 años

Juan Alberto Ruiz Casado, 24 años

HISTORIAS DE SUPERACIÓN

Cuando eres joven te sientes protegido por una red de seguridad ficticia. Si necesitas respuestas, si cometes errores o si eliges un camino equivocado, dispondrás del tiempo suficiente para intentar solucionarlo.

Pero llega un momento en el que notas cómo desaparece ese mullido colchón, esa tranquilidad, esa fortuna que supone el disponer de un tiempo aparentemente ilimitado. Entonces descubres que te enfrentas a una nueva realidad. Consciente de la imposibilidad de perseguir o retomar los trenes que ya pasaron, te sientas a analizar cuánto provecho le sacaste a tus días.

Una juventud normal se rige por la impresión de que las grandes desgracias sólo le acontecen al vecino, o, por qué no, que quizá ocurren únicamente en las películas. Cada cual se encierra en sus propios deseos y metas, provocando que, en muchas ocasiones, problemas de lo más trivial se visualicen como espantosas tragedias.

Por eso no hay nada tan enriquecedor como compartir minutos junto a gente con experiencia a sus espaldas, para replantearse el ligero equilibrio en el que vivimos. José Pérez Bravo no es ningún héroe, no es un hombre increíblemente extraordinario, pero consigue, sin proponérselo, hacerle reflexionar a uno.

A sus 82 años aún conserva un espíritu juvenil, afable, sereno y despierto. En un comienzo tendí a pre-juzgarle, imaginando que su vida no habría sido demasiado especial, que escucharía las típicas anécdotas de cualquier persona mayor, nada de eso. A medida que me fue contando detalles de su historia, cambió la forma en que le percibía.

Desde los 12 años trabajó en el campo, labrando una finca arrendada en Lorca, sobrellevando las dificultades de la posguerra; con 24 años, por azares del destino, le sobrevino la oportunidad de marcharse a Argentina en busca de fortuna, escapando del franquismo. Allí todo era más fácil que en España. Comenzó a hacer negocios y prosperó hasta adquirir sus propios terrenos y llevar una vida relajada, a cargo de sus propios trabajadores.

Tras 20 años en el país, en 1972, decidió vender sus posesiones a causa de la crisis económica que amenazaba con sacudir al país sudamericano. Tomó la decisión adecuada en el momento justo, si hubiera esperado algún tiempo más se hubiera ido casi con las manos vacías. Tenía entonces 46 años. Regresó a Lorca y compró la finca donde había trabajado de niño, incluida una casa que se encargó de remodelar.

Por desgracia, cuando las cosas parecían más sencillas, la fatalidad se cruzó en su camino. En 1982 fue ingresado de urgencia, tras diagnosticarle un cáncer de próstata, fue operado a la semana siguiente, ironías de la vida, por un cirujano argentino. Le extirparon el tumor, pero, pese a ello, el destino le dio un nuevo revés: estimaron que no le quedaban más de dos o tres años de vida. Pero salta a la vista que José no se rindió a su suerte. Pero, por si el fantasma del cáncer fuera poco, sus desventuras no terminaron ahí, poco tiempo después tuvieron que extraerle un riñón, a la vez que se vio obligado a someterse a diálisis regularmente, algo que debe hacer durante toda su vida y que sin embargo, aparenta tomárselo con ecuanimidad.

Pasado un tiempo, lo trasladaron a Murcia para aplicarle un pequeño ajuste en las válvulas de la diálisis, pero por una negligencia médica, se desangró sin que nadie se percatara, entrando en coma durante seis semanas. Asombrosamente, también salió ileso de ese grave percance, el más serio que le ha ocurrido y en el que estuvo a punto de morir, según sus propias palabras.

Entonces acudió a mi mente la pregunta de quién le habría cuidado durante aquellos momentos. Caí en la cuenta de que no había dado detalle alguno sobre uno de los, en teoría, pilares de la existencia humana: su vida sentimental. Tímido, susurró un débil no, nunca tuvo mujer ni hijos. Tras insistirle un poco, se atrevió a relatarme la melancólica historia de una mujer que conoció en Argentina. Al principio sólo fue su sirvienta, pero con el tiempo se convirtió en algo más. Visiblemente afligido y cohibido por primera vez, contó, mientras tamborileaba nervioso sus dedos contra la mesa, cómo la perdió por azares de la providencia. No volvió a verla nunca más. La última noticia que tuvo de ella fue la de su muerte, a manos de otro hombre, y, mientras lo decía, en sus palabras parecía entreverse que eso no habría pasado si él se hubiera quedado en Argentina.

Fue en ese momento cuando comprendí que me encontraba ante un luchador, un valiente con suficientes arrestos para enfrentarse en soledad a la muerte y salir adelante.

Después de aquello, y hasta el día de hoy, la rutina de la diálisis, le hizo abandonar su casa para ingresar voluntariamente en una residencia, donde afirma que está muy a gusto, porque la gente es muy simpática y amable. Aún así, todavía disfruta de coger su coche y pasear, o regresar a su casa y estar en el campo.

Evidentemente, José no siempre tuvo la oportunidad de escoger lo que le ocurriría en su vida, pero sí meditó inteligentemente la mejor opción, lo que más sensato le pareció, luchó por ello con convicción, y fue feliz a su manera.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Al preguntar a José si se lamentaba por dejar algo sin hacer en su vida, admite, un tanto apesadumbrado, arrepentirse de no haber buscado una buena mujer y haber tenido hijos, ya que considera que es la mayor ilusión de la vida. Reflexiona durante unos segundos y aconseja, humildemente, con auténtica sinceridad, que estando acomodado, teniendo un buen trabajo y lo suficiente para vivir bien, entonces lo apropiado es encontrar una pareja y formar una familia. La soledad acaba aburriendo, confiesa.

Pese a ello, y pese a todos los obstáculos que se cruzaron en su camino, José es un hombre alegre, sociable, al que aparentemente no parece afectarle dicha soledad. Sin duda es por su optimismo, por su valentía, porque es la clase de hombre que desprende unas contagiosas ganas de luchar. José considera que ha vivido bien, y lo dice con franqueza, con la boca llena.

Entereza, orgullo por todo lo que ha hecho, satisfecho de sí mismo. Se pueden sacar importantes lecciones de él, y una de ellas es aprender a relativizar la importancia de las cosas. La desesperación es de los cobardes, nada está decidido, ni lo bueno es tan bueno, ni lo malo es tan malo, de la actitud de cada uno dependerá cómo veremos nuestra propia historia al final.

Según José, a fin de cuentas, el sentido de la vida es vivirla.